

Ayer murió, y hoy me enteré, mi abuelo postizo. Mi abuelo real falleció cuando yo tenía 13 años, y este llegó a mi vida en el momento exacto.

En 15 años nos vimos únicamente tres veces: dos en Uruguay, de donde él era y lo conocí, y una en Roma. La última vez fue hace tres años, cuando volé desde México a su país natal. En aquel entonces, Juan José no podía creer que hubiera hecho ese viaje junto a mi madre para pasar unos días con él. En su residencia me presumía con todas las enfermeras a las que nos cruzábamos en los pasillos y les decía que, aunque él ya no salía de casa, por mí había que hacer una excepción. Entonces me llevaba a comer a los mejores lugares que conocía. Él me enseñó a preparar mate y, aunque nunca llegué a agarrarle el gusto, hice por él mi mejor esfuerzo. Uno que, seguramente, no hubiera hecho por nadie más.

La penúltima vez que nos vimos fue hace cinco años. Cuando bajó del coche, con sus piernas débiles y su torpeza nonagenaria, comenzó a decirle a su chofer, en un italiano medio olvidado, que yo era su nieta. Juan, que siempre fue tan inocente como un niño, no reparó en que su frase merecía una explicación: él era cura, y el chofer un empleado de la Santa Sede. Al darse cuenta de su metedura de pata, enrojeció tanto que ya no supo cómo arreglar el entuerto. Para entonces yo ya estaba muerta de risa. Lo tomé del brazo y me lo llevé a tomar café.

De Juan conservo un llavero y un colgante, pero sobre todo decenas de mails cargados de un cariño extraordinario. Y recuerdos. Gran usuario de Skype hasta casi sus últimos años de su vida, los primeros minutos de nuestras conversaciones siempre eran iguales: “¿Me escuchas?” “Sí, te escucho pero no te veo, aún no prendiste la cámara”. “¿Y ahora, vos me vés? Porque yo sí te veo a vos”. “Te veo pero al revés, abuelo. No sé qué has hecho con la cámara pero estás de cabeza”. Así empezaban las primeras risas. Juntos construimos esta historia de amor que es la que ahora él se lleva a los cielos para contar allá arriba. Hoy, por si acaso se le han olvidado algunos trozos, yo la cuento en la tierra. Porque lo que se guarda tiene más probabilidad de ser olvidado que lo que no se comparte con nadie. En Paz Descanse este gran hombre.

Desde México **Esther Díaz
Pérez**